

quistas las que hacen á un príncipe digno de ser el rey de todos los hombres. Homero llama á Júpiter padre de los dioses y de los mortales; es el dios de los Bárbaros lo mismo que de los Griegos; á su ejemplo el príncipe verdaderamente filántropo debe conducirse como un padre, no solamente respecto de los ciudadanos, sino también respecto de los Bárbaros. Ciro ha amado á los Persas, Alejandro á los Macedonios, Augusto á los Romanos; ninguno de ellos ha amado á los hombres. Solamente merece el nombre de rey y de amigo de la humanidad el que comprende en su amor á todos los mortales» (1). El ideal del oscuro retórico es más elevado que el del gran conquistador: es el del cristianismo. El Júpiter de Homero no es el dios de los Bárbaros, ni aún el de todos los Griegos. A imitación de sus divinidades, los héroes no piensan más que en una ciudad, en una nación; no son los héroes de la humanidad. Ha sido necesario que un mundo nuevo reemplace al antiguo para que la caridad se extienda entre los hombres.

El genio humano de Temistio, y acaso también su simpatía por una religión proscrita, le han inspirado admirablemente en los consejos de tolerancia que da á los emperadores. Las más funestas de las guerras, las que nacen de la hostilidad de las sectas religiosas, se anunciaban ya en los primeros siglos de la era cristiana con la persecución de los heréticos. Temistio ha escrito, acerca del derecho de los hombres á profesar el culto que conforma con sus convicciones, páginas que Neandro, el sabio historiador del cristianismo, califica de *palabras de oro* (2). «Los príncipes deben imitar á Dios, el cual, aún cuando inspira á los hombres la necesidad de la religión, permite á cada cual que le adore á su manera; la impotencia de sus esfuerzos para imponer los dogmas debe vencerlos de que no tienen derecho para penetrar en el terreno del pensamiento; el alma elude toda violencia. Respetando las convicciones religiosas, fundarán una paz más extensa y más salu-

merece el título de Grande; no son éstos los hechos de Ammon, ni los del hijo de Filipo, sino los de un demonio que se complace con la carnicería y la sangre de los hombres» (*Orat.* XIII, p. 175, D; p. 176, A.).

(1) THEMIST., *Orat.*, X, p. 132.

(2) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, p. III, p. 149.

dable que la que sancionan en los tratados, la paz de las almas» (1).

El filósofo pagano se muestra en esto superior á los discípulos de Cristo. Desde el momento en que el cristianismo pretendió haber sido revelado por el Hijo de Dios, se hizo intolerante. Temistio tuvo más caridad que los cristianos. En su doctrina, lo mismo que en la de Cristo, la caridad se fundaba en el lazo que une á los hombres en Dios (2). El dogma de la fraternidad es el carácter que principalmente distingue á los tiempos modernos de la antigüedad. Los filósofos de Grecia y Roma lo habían observado. Temistio dice que los hombres llevan en la organización de su cuerpo, en las facultades de su inteligencia, en sus sentimientos, las señales de un origen común; vislumbra la unidad del género humano en Dios (3). Pero había una oposición demasiado profunda entre una sociedad fundada en el politeísmo y la esclavitud y el principio de la fraternidad, para que esta gran verdad pudiera arraigarse en el mundo antiguo. Para desarrollarla ámpliamente han sido necesarias una nueva religión y razas también nuevas.

#### § IX.—Consideraciones generales acerca de la filosofía antigua.

Platon dice á los ciudadanos de su *República* que son hermanos; pero al organizar su ciudad ideal viola el principio de la fraternidad, y no piensa siquiera en hacerla extensiva á los Bárbaros. La inconsecuencia del discípulo de Sócrates nos revela la diferencia fundamental que separa la civilización pagana de la civilización moderna. La filosofía antigua no se ha elevado á la concepción de la unidad del género humano. Véanse sus últimos representantes. Ciceron profesa bellos sentimientos acerca del amor de la humanidad; la fraternidad universal es más explícita aún en

(1) THEMIST., *Orat.*, V, p. 67 y sig.; *Orat.*, VII, p. 155 y sig., 160.

(2) Εἰ τοίνυν ἅπαντες ὁμοπατορες καὶ ὁμομήτορες..... οὐδὲν ἄλλως διετηνύοιτε φιλανθρωπία φιλαδελφίας (*Orat.*, VI, p. 78, A.).

(3) *Orat.*, VI, p. 77 y sig.

Séneca; Plutarco, inspirándose en el genio de Alejandro, tiene miras elevadas respecto de la sociedad del género humano. Pero estos sentimientos no salen fuera de los límites del Imperio; ¿qué digo? aun dentro del Imperio no comprenden á las razas bárbaras. El orador romano habla de los Galos con insultante desprecio; cree un acto de barbarie la concesion de la ciudadanía á los provincianos hecha por César (1). A los actos cosmopolitas del emperador Claudio opone Séneca una sátira indigna de un filósofo ciudadano del mundo. Plutarco acusa á Herodoto de ser partidario de los Bárbaros, porque el padre de la historia dice que los dioses de los Helenos proceden de Egipto, y que Tales es de origen fenicio; segun él, los Griegos son en todo superiores á los Bárbaros; los segundos carecen de la prudencia que distingue á los primeros; prosigüe esta injuriosa comparacion hasta en sus menores detalles (2). Estas preocupaciones subsistieron hasta el fin de la antigüedad. Una barrera insuperable separaba á los Romanos y á los Bárbaros; no habia ni aun relacion de humanidad entre ellos. «A los Griegos y á los Romanos, dice un médico, dirijo estos preceptos acerca de los medios de cuidar á los niños recién nacidos; en cuanto á los Germanos y demas Bárbaros, no son más dignos de ellos que los osos y los jabalíes» (3). Diríase que estas palabras salen de los labios de un salvaje; son, sin embargo, de Galeno, contemporáneo de Marco Aurelio.

¿Cómo ha podido llevar tan léjos el desprecio de la naturaleza humana un médico filósofo? Consiste en que, á pesar de los progresos realizados por los filósofos, los antiguos no concebían la unidad del género humano. Cuando el cristianismo proclamó la fraternidad de todos los hombres, la igualdad de todos los pueblos, este dogma, que se deducia lógicamente de la doctrina de los filósofos, pareció extraño á los últimos pensadores de la antigüe-

(1) «*Cum infimo cive quisquam amplissimus Gallie comparandus est?*» CICER., *Pro Fontejo*, c. 11.

(2) PLUTARCH., *De Herodoti malignitate*, c. 12, 13, 15.—*De audiendis poetis*, c. 10.—*Consolat. ad Apollon.*, 22.—*De educatione puerorum*, c. 5.

(3) LIBANIO dice igualmente que los Bárbaros no difieren mucho de las fieras (*Op.*, I, p. 46, ed. Morell); ¡sin embargo, el cristianismo era ya la religion del Estado!

dad pagana. Juliano sostiene contra los cristianos la diversidad radical de las naciones; entusiasta por el helenismo, no siente más que desprecio hácia los Bárbaros; ésta es la causa primera de su apostasia. El gran ataque que dirige á los Alejandrinos partidarios de Atanasio es que adoptan la religion de los Bárbaros y los dogmas de los pueblos vencidos (1). Temistio, cuyos sentimientos respecto de la fraternidad son casi cristianos, considera á los Germanos y á los Escitas como los representantes de las pasiones brutales que oscurecen la razon humana (2). Es el mismo sistema de Platon y de Aristóteles respecto de la superioridad original de la raza helénica, con sus mismas consecuencias. Platon dice que la paz es el estado natural de las poblaciones griegas, porque los Helenos son hermanos; pero que entre los Griegos y los Bárbaros la guerra es permanente, eterna. Temistio reproduce estas máximas (3), sin observar que están en contradiccion manifiesta con su principio de la fraternidad de los hombres.

¿Por qué la filosofía antigua no se ha elevado á la idea de la unidad humana? La razon debe buscarse en la religion y en el estado social de la antigüedad. El politeísmo es la negacion absoluta de la unidad: siendo diversos los dioses, las razas humanas que proceden de ellos deben igualmente ser diversas. El Oriente conserva esta diversidad original en todo su rigor. En el mundo occidental las castas desaparecen, pero á esto se reduce todo el progreso de la antigüedad; la division continúa con la distincion en pueblos elegidos y razas bárbaras, hombres libres y esclavos, aristocracia y pueblo. Este espíritu aristocrático se encuentra en todas las manifestaciones del genio antiguo; se le encuentra en la organizacion de los cultos y en las especulaciones de los filósofos; es la causa profunda de la impotencia de la filosofía y de la necesidad de una religion nueva que, prescindiendo de las distinciones de Griegos y Bárbaros, de hombres libres y esclavos, de pa-

(1) JULIAN., *Epist.* LI. Escribe á Aristomenes: «¡Que vea, por fin, un verdadero Griego!» (*Epist.* IV). A Amerio: «Tú, filósofo y Griego, aprende de tí mismo á vencerte» (*Epist.* XXVII).

(2) THEMIST., *Orat.* X, p. 131, C.

(3) IBID., VII, p. 94, C.

tricios y plebeyos, de ricos y pobres, proclame la igualdad de todos los hijos de Dios (1).

La filosofía, lo mismo que las religiones de la antigüedad, no se dirigía más que á un pequeño número de elegidos. Encontramos misterios en todas las naciones, y todas las escuelas filosóficas tenían su doctrina secreta que los maestros no revelaban á sus discípulos hasta despues de someterlos á pruebas semejantes á las iniciaciones (2). Este carácter aristocrático domina en la secta pitagórica. Pitágoras prohibió divulgar el fondo de sus misterios; solamente los iniciados los conocían; á la multitud se le comunicaba la verdad bajo el velo del símbolo (3). Las escuelas que sucedieron á Pitágoras abandonaron la forma religiosa, pero conservaron el espíritu de casta. Los poetas cómicos criticaban á Platon las tendencias aristocráticas de su doctrina (4): encomendaba á la filosofía la gobernación del Estado: la multitud debía obedecer ciegamente la dirección de los filósofos sacerdotes. Aristóteles tenía su doctrina secreta: dicese que Alejandro le censuró el haber publicado sus lecciones acroáticas, á lo cual el filósofo respondió que no serían inteligibles más que para aquellos que las hubieran oído (5).

Sea cual fuere el valor de esta tradición, es característica de la filosofía antigua. Sus últimos representantes, á pesar de tener la pretension de convertir la filosofía en religion, siguieron animados del mismo espíritu. Los discípulos de Amonio, Plotino, Erenio, y Origenes, se obligaron á no revelar las lecciones que habían recibido (6). La verdad era un privilegio para algunas inteligencias escogidas, así como los derechos políticos eran ejercidos por una exigua minoría. En cuanto á la inmensa mayoría de los hombres, se los consideraba como incapaces de elevarse á la altu-

(1) «He encontrado qué es lo que distingue en realidad el cristianismo del gentilismo. El verdadero cristianismo es la humanidad; el gentilismo es la exclusion de la humanidad» (BALLANCHE, *Palingenesia*).

(2) CLEMENTE DE ALEJANDRÍA dice que todos los filósofos han enseñado bajo el velo del misterio (*Strom.*, V, 4, p. 658, ed. Potter).

(3) PROCLUS., *Comment. in Alcib.*, p. 25 (ed. Creuzer).

(4) RITTER, *Geschichte der Philosophie*, t. II, p. 170 y sig.

(5) GELL., XX, 5.

(6) PORPHYR, *Vita Plotini*, c. 3.

ra de las concepciones filosóficas. Esto era reconocer la incapacidad de la filosofía para moralizar al pueblo. Un escritor griego, empapado en las doctrinas estóicas, lo confiesa: «La filosofía, dice Estrabon, no se dirige más que al menor número; es imposible traer con discursos filosóficos á la fe, á la religion y á la piedad, á las mujeres y á la gente del pueblo: para esto es necesaria la supersticion» (1). Estrabon no advertía que esto era la condenación del mundo pagano. Despues de la caída del politeísmo, la humanidad necesitaba una fe nueva; si los Platones y los Zenones se reconocían impotentes para dársela, era necesario que surgiese una doctrina más universal, que reemplazara á aquella supersticion á la cual el escritor griego reconocía el poder de moralizar á los hombres. El cristianismo hizo lo que la filosofía no había podido hacer. Para poner de manifiesto la impotencia de ésta, un defensor de la fe nueva hizo la cuenta de los discípulos que habían tenido los sabios de la antigüedad entre las mujeres, los esclavos y los Bárbaros, y encontró una mujer filósofa, un esclavo filósofo y un Bárbaro filósofo (2).

Así, pues, por confesion propia, la filosofía antigua no podía reemplazar á las creencias que había destruido. Los progresos de la razon humana condujeron á la antigüedad hasta los límites del cristianismo. Los filósofos enseñaban la unidad de Dios, la fraternidad, la igualdad, y hasta la caridad (3): ¿por qué, pues, no predicaron estas verdades? Eran impotentes por el genio aristocrático, mezquino, egoista que los dominaba. Cuando la verdad no se comunica más que á algunos elegidos, los llena de orgullo y les hace mirar con desden á las clases numerosas, que son inferiores á ellos por la debilidad de su inteligencia (4). Los filósofos

(1) STRAB., lib. I, p. 13.—C. ARÍST., *Polit.*, III, 5: οὐ γὰρ οἶον ἐπιτηδεύσαι τὰ τῆς ἀρετῆς ζῶντα βίον βάνανσον ἢ θητικόν.

(2) LACTANT., *Inst. Divin.*, III, 25.—Lactancio exagera. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA cuenta catorce mujeres dedicadas á la filosofía (*Strom.*, IV, 19, página 522).

(3) LACTANCIO dice que casi no hay ninguna verdad de la religion cristiana que no haya sido enseñada por alguna secta filosófica: «*Particulatim veritas ab his tota comprehensa est*» (*De divino premio*, VII, 7).—C. HIERONYM., in *Esai.*, X: «*Stoici nostro dogmati in plerisque concordant.*»

(4) LIBANIO dice que los filósofos están por cima de los demas hombres, tanto como éstos lo están respecto de los animales (*Op.*, t. I, p. 10, A.).

no experimentaban ninguna necesidad de influir sobre las masas, de ponerse en comunión con la humanidad; el orgullo de la ciencia ahogaba al amor: solamente la caridad podía producir apóstoles. Por esto, al exaltar á los pobres de espíritu, manifestó Cristo un profundo conocimiento de las necesidades de la humanidad; en ellos no encontraba el orgullo que aísla, sino la caridad que une (1). Unos pobres pescadores llevaron á cabo aquella obra, ante la cual habian retrocedido los filósofos. Digamos, despues de esto, para hacer justicia á los filósofos, que la misión de la filosofía no es ser una religion. Sería un grave error el suponer que las especulaciones filosóficas pueden reemplazar á las creencias religiosas. La fe se dirige al sentimiento, la ciencia á la razon. Todos los hombres experimentan la necesidad de creer, al paso que la indagacion de la verdad será siempre patrimonio del menor número. Aun cuando comprenden los mismos problemas, Dios y el hombre, la filosofía y la religion están, pues, forzosamente separadas. Sin embargo, la misión de los filósofos se relaciona con la de la fe: la combaten, cuando se presenta en oposicion con la razon; preparan los dogmas del porvenir, ilustrando á los hombres acerca de su destino y de sus relaciones con el Sér Supremo. La filosofía antigua no fué infiel á esta elevada vocacion, puesto que sus enseñanzas estaban casi completamente conformes con la predicacion de Cristo.

(1) AUGUSTIN, *De Civ. Dei*, VIII, 17; IX, 20.

---

## CONCLUSION.

### DECADENCIA DE LA ANTIGÜEDAD.

---

Hemos llegado al fin del mundo antiguo. Roma va á desaparecer para hacer lugar á los Bárbaros; el cristianismo se levantará sobre las ruinas de la civilizacion greco-romana. Esta decadencia no es un hecho particular de los Romanos; los Asirios, los Medos, los Persas, los Cartagineses, los Griegos habian bajado á la tumba ántes que los Romanos. La muerte de los pueblos es un carácter distintivo de la antigüedad. En la época moderna las naciones civilizadas no perecen ya; solamente las razas salvajes se extinguen.

Durante siglos enteros la antigüedad estaba espirando, sin tener conciencia de su próxima muerte; pero cuando se reunió en un solo imperio una gran parte de la tierra conocida, el espectáculo de las ruinas acumuladas por los conquistadores acabó por llamar la atencion. Un diálogo de Luciano nos presenta un notable testimonio de la impresion que produjo sobre los contemporáneos la disolucion de la sociedad antigua.

Caron quiere presenciar el espectáculo de la vida humana, por cuya falta ve llorar todos los dias á las sombras. Mercurio le sirve de guía; presenta á sus ojos el cuadro de las miserias del hombre y de la vanidad de sus trabajos; le hace ver la fuerza, la gloria, el poder, la riqueza sepultados en el abismo inmenso de la nada. «¿Quién es aquel hombre de aspecto venerable que, á juzgar por la apariencia, no pertenece á la raza helénica? — Es un gran conquistador, vencedor de los Asirios; acaba de tomar á Babilo-